

HACED BIEN PARA VOSOTROS MISMOS.

Todo el que diere á beber un vaso de agua á uno de aquellos pequeñuelos, no quedará sin recompensa.

(SAN MATH., cap. 10, ver. 42).

I.

Por los años de 1846 tuvo principio en un pequeño lugar de las Provincias Vascongadas el suceso que me ha venido á las mientes y voy á referir para ejemplo y solaz de mis queridos lectores, asegurándoles su certeza como testigo presencial que fuí de la dichosa y providencial combinacion que le dió remate.

Y con esto sin mas rodeos, pues quiero que desde luego nos tratemos como amigos, empezaré diciendo, que vivia en el mencionado lugarejo cierto matrimonio tan honrado como pobre, de quien era orgullo y esperanza un hijo de poca edad, fuerte moceton, alegre y naturalote, aunque algo sándio á fuer de testarudo. Nada importaban tales circunstancias para que todo marchase á pedir de boca, hasta que un dia seducido con la esperanza de una fortuna rápida, quiso pasar al Nuevo Mundo unido á otros varios jóvenes acometidos de igual locura, y no fué posible cambiase de propósito. En vano su afligido padre le hizo una larga enumeracion de los muchos convecinos que partieron para no volver ni dar cuenta de su persona; el obstinado zagal le citaba en descargo algun que otro *indiano* establecido en el país con gran riqueza, ponderando lo fácil de alcanzar igual ventura. Por fin atravesó el mar y llegó á Méjico, donde mas feliz que sus compañeros, tuvo la suerte de hallar abrigo en casa de un compatriota viejo y rico, á cuya sombra pudo vivir, tomar estado y dar la primera enseñanza á dos hijos de diferente sexo; pero sin lograr otra cosa al cabo de doce años de emigracion.

Don Pedro Zavala, así se llamaba el principal de nuestro conocido Vicente Mendia, murió dejándole una manda regular y encargado de cumplir su última voluntad. Correspondió lealmente á tal comision reduciendo á dinero los pocos bienes del difunto, y remitiendo su importe á un hermano heredero del otorgante establecido en la Península y administrador de las cuantiosas haciendas que don Pedro poseia en España, pues desde un principio empleó en esto el fruto de sus tareas, anheloso de fincar en su patria y concluir en ella una vida de afanes y desasosiego. Hemos visto que la muerte le impidió realizar su cálculo, antecediendo poco tiempo al sepulcro á su protegido, á quien acabó el sentimiento de verse abandonado y el éxito fatal de algunas pequeñas especulaciones en que se desvanecieron los cortos fondos de que disponia.

Dejó á su familia una reputacion sin tacha, muy escaso número de pe-

esos fuertes, y recomendado que pasase á España en busca del hermano de su protector; que no dudaba les concedería algun apoyo.

Hízolo así la desconsolada esposa arribando á Cádiz en ocasion que ya don Antonio, en quien cifraba su esperanza, habia partido para la corte. Siguió el mismo camino y encontróse al cabo en una poblacion inmensa, sin recursos ni relaciones, pues fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo para dar con el sujeto que buscaba.

Unos dias trajeron otros en pos de sí, y la horrible miseria avanzaba en aquella casa con paso firme; hasta llegar á punto de faltar á sus habitantes el pan necesario á la existencia y lumbre para calentar sus ateridos miembros. Esta privacion, siempre horrible en cualquier estado, éralo mucho mas para una mujer y dos niños naturales de un país caluroso donde vivian con holgura, trasladados á otro sujeto á bruscas mutaciones atmosféricas, insufribles á veces aun para los nacidos en él.

Ya una mañana, la madre llevando la muerte en el corazon y el desfallecimiento en toda su persona, salió á buscar de puerta en puerta labor para ella y su hija, ¡á cambio de cualquier recompensa. No era conocida de nadie. ¿Bajo qué garantía habian de confiarle la obra demandada? Al fin hubo quien movido á lástima, ó quizá en razon de la baratura que ofrecia, la otorgase algun trabajo, mas ¡á qué precio! Plegue á Dios, queridos niños, que no sepais nunca el miserable jornal con que se pagan los afanes de una pobre mujer, pero rogad al Eterno que vuestras hermanas, vuestras inocentes compañeras de juego, no se vean nunca en el caso de solicitarle, porque la ganancia insuficiente para acallar el hambre trae consigo males peores que la muerte.

El pequeño Carlos, segun nombraban al hijo de Mendía, fué colocado de aprendiz con un carpintero de la vecindad. Lo que la buena madre sufrió al separarse de él es imposible de contar. Y no tan solo por abandonarle á un trabajo rudo y penoso, sino porque recelaba pudiera viciarse la excelente educacion que habia recibido. Bien sabia la prudente señora, los tropiezos á que se halla espuesto un niño entre sus compañeros de taller. No se le ocultaba que por lo comun nadie cuida de su enseñanza moral: que trabaje, que produzca, y lo demás ¿qué importa? Es inútil que los hombres maduros refrenen ante los inocentes párbulos la libertad de su lengua; si acaso empieza á germinar en ellos algun vicio prematuro ¿qué tiene el maestro que ver con eso? Allí han entrado para ejecutar lo que se les mande, no para recibir lecciones de doctrina. Esto lo digo, amados míos, para que agradezcáis á vuestros padres los muchos sacrificios que se imponen por libraros de semejantes peligros, y si por acaso alguno de vosotros se halla en la situacion de Carlitos, para moverle á escuchar con docilidad profunda los consejos de sus mayores, desatendiendo cuanto oyere ó presenciare en contrario á la enseñanza que habrá recibido en la escuela.

Pero volvamos á nuestro novel aprendiz, ocupado con docilidad suma en los pormenores anexos á su corporal ejercicio.

Una hermosa tarde de otoño atravesaba la Plaza de Oriente abrumado con unos tabloncillos de peso muy superior á sus fuerzas. ¡Cómo se le iban los ojos tras las alegres turbas de pequeñuelos que triscaban y corrían de una parte á otra! ¡Cuán regocijaban su alma los animados cantares de tanto corro de gentiles niñas! ¡Qué bien vestidos están todos! ¡Qué contentos se hallan! Ya se vé, sus padres serán ricos, mientras mi pobrecita mamá toda la noche se ha quedado en vela para concluir aquel bordado tan largo, y á pesar de eso no ha podido darme otra cosa para comer que un pedazo de pan seco. Bien noté que al dármele lloraba; quise decirle algun cariño y no pude, porque me se puso un nudo en la garganta que pense ahogarme. Hice mal en tomar este pan, debí dejarle para mi hermanita; ¡pobrecilla, como trabaja! Aquí le tengo entero todavía; luego se le daré. Porque al cabo soy el único hombre de la casa y debo tener fortaleza. Voy corriendo á llevar esta madera para volver pronto á consolarlas. He de hacer lo posible porque no conozcan que no he comido en todo el día.

Así pensaba Carlitos acelerando el paso cuanto podia, que era en verdad hartito poco; al extremo que agotada su débil resistencia tropezó y vino á caer oprimido bajo las tablas.

—¡Mira, mira, un chico se ha caído! gritaron algunos que se hallaban próximos.

—¡Es verdad! y no se menea.

—¡Cómo se ha de menear con el peso que tiene encima!

A los gritos de los muchachos acudieron algunas almas compasivas, que nunca faltan, y recogieron á Carlitos privado de conocimiento y con una herida en la cabeza.

—Agua, darle agua, exclamaba una mujer del pueblo que le tenía apoyado en su falda.

—Oye, tú, dijo otra á una chicuela muy pizpireta y cuellisacada que estaba allí cercana con otras, mas bien que refrescaudo comiendo azúcarillos y merengues, trae tu vaso.

—¡Mi vaso! ¡pues no faltaba mas! para que me le llenase de babas. Por ahí andan bastantes aguadores.

—Aquí está mi jarrita, repuso levantándose al momento una niña morena y resuelta. No hace falta ninguna tu vaso; mal corazón, que Dios te ha de castigar por eso.

Y acudió á prestar socorro al desgraciado Carlos, con tanta gracia y gentil desembarazo como si no hubiera nacido para otra cosa.

Pero el niño infeliz apenas daba señales de vida, en términos que la mamá de su tierna bienhechora, encantada al verla tan solícita dispuso alquilar un coche y conducir á su casa al herido, cuando á duras penas pudo conseguir averiguarla.

(Se concluirá).

DIONISIO CHAULIE.

Cuentos de Abuela,

DEDICADOS

AL SEÑOR VIZCONDE DE SAN JAVIER.

JAEN.

I.

EL RONQUIDO.

—Un cuento, abuela!

—A callar,

Que estoy rezando, no hay cuento...

Bastian, deja esas tenazas

Que vas á quemar á Pedro...

¡Ahora tú con los tizones!

¡Hay muchacho mas travieso?...

Mariquilla, que te abrasas,

Recoge ese zagalejo.

—¡Un cuento!

—Déjame en paz.

¿No oís como ronca el viento?...

¡Jesus que Jaen! las tejas

Andan bailando el bolero,

Y suenan de San Francisco

Las campanas sin el lego.

—Abuela, ¿caerá la casa?

—Dios no querrá.... «Padre nuestro,

Que estás...»

—Un cuento, abuelita,

Que nos morimos de sueño.

—¡Vaya!... ¿Lo quereis de risa?...

—Sí, sí, de risa...

—De miedo...

—Bien, del tiempo de los moros,

Venid mas cerca y silencio.

Era San Fernando un rey,

De hace muchísimo tiempo,

Que ganó á Jaen del moro

Y dejó cristianos dentro.

Cada noche los cristianos,

De San Cristóbal al cerro,

Enviaban diez ó doce

O soldados ó labriegos

Con ballestas, que velaran

De los otros el sosiego.

Les tocó á diez campesinos

Una noche de Febrero

Que todo el dia escardando

Trabajaron en el ruedo.

Apenas allí tumbados,

Cátate que llega el sueño

Del cansancio y por los ojos

Se mete y cierra por dentro.

Uno que tardó en dormirse

Y el peligro vió mas cuerdo,

Dijo: no quiero mañana

Despertarme sin pescuezo.

Y que vá y hace, sentado

Y con cada ojazo abierto

Como el del Puente de Tablas,

Eslama: «yo no me duermo.»

Y á contar se pone estrellas

Como si tuvieran cuento,

Con una cara de bruto

Que daba lástima verlo.

A poco empiezan sus párpados

En la megilla á dar besos,

Echa el codo en un tomillo,

Acomoda bien el cuerpo,

Y á diez pasos de los otros

Resiste, cede, hace gestos.

Juzga que no hay en el mundo

Un moro para un remedio,

Y en las estrellas pensando

Se queda el pobre durmiendo.

Acostumbrado á roncar

Con mas pulmon que un becerro

Mientras duerme, empieza el órgano

A sonar los pitos recios.

Subiendo de callandita

Van los moros por el cerro,

Arrastrando cual lagartos

Con la cabeza en acecho.

¡Ay de la guardia dormida

Virgen santa del Consuelo!

—¿Los mataron, abuelita?...

—Ya estaban cerca los perros,

Cuando Dios puso un ronquido

Del avanzado en el pecho,

Que le salió por la boca
Con el ruido de un trueno.
Se alzan los nueve azorados,
Sacan al aire los hierros,
Ven que moros se levantan
Y van cual tigres á ellos,
Echándolos de cabeza
A rodar por el repecho,
Dejando á muchos tendidos
De la cumbre en los senderos.
Despierta el de las estrellas
De la embestida al estrépito,

Y ayuda, que no era manco,
A sus bravos compañeros.
De aquí nació la costumbre
Proverbial, de que en oyendo
Un disparate, ó palabra
Que merezca menosprecio,
O como quien dice «vaya
Pues qué ¿yo me mamo el dedo?...»
Al *sursum corda*, le ronque
En nuestro Jaen el pueblo.

A. ALMENDROS AGUILAR.

SAN JOSÉ CALASANZ.

Jesús deseaba que se le acercasen los pequeñuelos; y enseñar al que no sabe es una de las obras de misericordia. Su grande espíritu de caridad aplicó José Calasanz á practicarlo de un modo fecundo, con deseo de imitar al Divino Maestro. Hijo era de padres nobles y acomodados, y Peralta de la Sal le dió cuna. Por vocacion irresistible abrazó el sacerdocio, despues de estudiar en varias universidades: cargos eclesiásticos de importancia tuvo junto á diversos prelados; y siempre se esmeró en amparar á los pobres. No satisfizo sus mas fervorosos deseos hasta que se vió en Roma.

Cinco años llevaba allí de vida edificante, cuando su mente concibió una idea feliz y capaz de eternizar su fama, aunque no se le venerára en los altares. Sobre la pobreza notó que funda principalmente su dominacion la ignorancia, y que en vano los tribunales promulgan severas penas contra los desórdenes perniciosos para la sociedad toda, si en el recinto de las mismas ciudades se crían impunemente los malhechores. Al desarreglo de las costumbres populares no halló mas origen que el de la falta de educacion religiosa y moral en la edad tierna: poco instruidos, y ávidos á ganar el sustento de sus familias, no la pueden suplir los padres; y así sus hijos inocentes quedan abandonados á las malas inclinaciones, y guiados van por la miseria y el ocio á plazas y concursos ruines, donde aprenden las primeras máximas en la escuela gratuita del vicio, de forma que despues no encuentran senderos expeditos mas que para caer en manos de fieros cómitres ó crueles verdugos. Estas sublimes reflexiones de su alma expansiva le impulsaron á atacar en la misma raíz tal daño, mediante la educacion de los niños pobres. Sus rentas eclesiásticas y sus bienes patrimoniales aplicó á la dignísima obra, fomentándola igualmente con donativos y limosnas de personajes y gente llana.

Escuelas Pias llamó José Calasanz á su fundacion por demás gloriosa.

Paulo V aprobólas muy satisfecho, y en su opinion hasta las deberian deseear los turcos. En vano la envidia levantó borrascas de calumnias y persecuciones, para menoscabar la reputacion y abatir el celo del fundador illustre; así tuvo ocasion de arder en amor hácia sus enemigos, y de experimentar que Dios protege la virtud y es robusto sosten de toda buena voluntad en el mundo. Pronto se educaron bajo su direccion próspera mas de mil niños. De día á todos consagraba su vigilancia, personalmente instruía á los más groseros y miserables, y tambien los acompañaba al oratorio y aun á sus casas. Grán parte de la noche se ocupaba en cortar plumas, disponer muestras de caracteres varios y escribir discursos morales y atractivos para inteligencias nacientes é imaginaciones curiosas: nada miraba su fervor como desdorante, ni agarrar la escoba y barrer por sí las escuelas; y así competian sus hijos todos en anhelo por hacer útiles ciudadanos de criaturas vagabundas.

Fatalidad es que en este valle de lágrimas no se encuentren flores sin espinas. José Calasanz vió extendidas á toda Italia y Alemania y aun al reino de Polonia las ramas del árbol frondoso, plantado por sus manos y crecido al calor de la fé católica y con el riego de la caridad evangélica en la mansion del Vicario de Jesucristo. Ni las mayores dignidades eclesiásticas le tentaron un solo instante, por no distraerse de su tarea fructuosa; pero entre sus mismos auxiliares, algunos se le declararon enemigos sañudos, y con malas artes lograron hasta la extincion del instituto floreciente. Cerca de noventa y dos años tenia el fundador glorioso, cuando el 25 de Agosto de 1648 pasó de esta vida á la eterna, con el arraigado presentimiento de que habian de volver á existir las Escuelas Pías. Colmadas resultaron por merced de Dios sus esperanzas. Cuando el Sumo pontífice Clemente XIII canonizó á José Calasanz el año 1767 á 16 de Julio, ya sus escuelas habian echado hondas raices en la monarquía española.

Obra de bendicion fué á todas luces la de aragonés tan insigne. Su fundacion se ha ido naturalmente acomodando á los tiempos. Siempre estriba su base en la enseñanza gratuita de las primeras letras á los pobres, aun habiéndose ensanchado el estudio de las humanidades, y aun educándose los hijos de familias acomodadas en colegios internos de las casas de los Escolapios: dos hay en la córte, uno en Alcalá y otro en Getafe: sus beneficios se extienden á otras diversas poblaciones: de muchas los piden cotidianamente y con grande instancia: varios son los de fundacion reciente; y no es dudoso que las Escuelas Pías seguirán siempre en auge. Solo esta comunidad religiosa fué respetada, cuando se suprimieron todas; y lo debió positivamente á que sus individuos nunca atendieron á más lucha que á la declarada sin trégua por José Calasanz á la ignorancia, monstruo horrible, cuyas cabezas se cuentan por millones, y cuyos estragos perjudican y corrompen á los nacidos infinitamente más que los de todas las plagas juntas. Seráfica modestia, verdadera sabiduría, ardiente amor por difundir la educacion moral y religiosa entre los pobres; tal es el espíritu genuino y esen-

cial de las Escuelas Pías; y como general de toda la órden mántienelo hoy el venerable Padre Ramon del Valle con la doctrina y el ejemplo en todo su vigor y eficacia.

A. F. DEL RIO.

TIEMPOS Y TIEMPOS.

Ayer, con la fé perdida,
Dudando hasta de mi ser,
Dije, esclavo del placer,
Señor: *¡qué dulce es la vida!*
Hoy, que ha cambiado mi suerte,

Y creo en mundo mejor,
Digo, esclavo del dolor,
Señor: *¡qué dulce es la muerte!*

RAFAEL TEJADA Y ALONSO.

EL PRESAGIO.

(Continuacion).

III.

El padre Anselmo, era siempre un hùesped bien venido en todas las casas de aquel distrito, el amigo predilecto de los jóvenes y de los atolondrados. Tenia cuentos para la infancia, chanzonetas para la juventud y prudencia para todos.

Muchas veces, sin que él mismo lo reparase, convertia sus pensamientos en parábolas. Su vida se habia espiritualizado; él veia el sentido sagrado de las cosas terrenales.

Las niñas le cogieron de la mano y le suplicaron que se sentara bajo el emparrado.

—¿Qué quiere decir este manto negro, dijo Amalia, enmedio de estos colores tan vivos? Esta es una torpeza del consignatario.

—Si no fuésemos tan presuntuosos, dijo el misionero, ese manto podria ser signo de un presentimiento.

—¿Qué está diciendo su paternidad? preguntó Rosa, besando la mano del sacerdote. Ha dicho no sé qué cosa de mirar la vida á través de ese manto.

—Es una parábola, hija mia, dijo el padre franciscano poniendo su mano sobre la cabeza de la joven.

—Yo no he tenido grandes pesares, respondió la madre con ademán pensativo. Hasta aquí hemos sido felices..... Pero, ¿por qué deciais que aquel que no hubiese visto el mundo á través de este manto no habia vivido?

—El pesar es institucion divina, respondió el sacerdote. El Hijo de Dios ha sufrido para demostrarnos que el dolor es la purificacion suprema, la escuela ante quien se humilla el orgullo y donde se aprende la obediencia. Las mas altas virtudes son como las estrellas; necesitan la noche para brillar. Sin sufrimientos no habria fuerzas, ni paciencia, ni piedad, ni simpatía. Quitad el dolor á la vida, y la despojais de toda la riqueza de afeccion y de ternura. El dolor es el horno donde se funden los corazones egoistas. La mayor parte de los hombres son indiferentes y duros, no por incapacidad de sentir, sino porque el vaso que contiene las aguas amargas y las dulces no se ha llegado á romper.

—¿Es una imperfeccion, es una desgracia no haber sufrido nunca? preguntó la madre.

El padre Anselmo inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Rosa le miraba; habia en los ojos de la jóven una espresion particular que el padre Anselmo habia observado con detenimiento. Parecia que las palabras del venerable misionero habian evocado al ángel que batia sus alas en aquel recinto. Rosa habia sido desde su mas tierna edad una de aquellas niñas pensativas, recogidas, atentas, con quienes se habla sin el auxilio de las palabras. Los que hablan mucho, responden por lo general menos que los que escuchan y piensan en silencio. Su hermosura estaba en toda la esplendidez de sus diez y ocho años. Los padres de Rosa contemplaban á su querida hija con orgullo llenos de esperanza y de seguridad.

Esta puso su mano sobre el brazo del padre Anselmo.

—¿Debemos, dijo, pedir á Dios en nuestras oraciones la gracia de sufrir?

—¡No! interrumpió la madre estremeciéndose. ¡No digais que sí, padre mio!

—No digo que debemos pedir el sufrimiento, respondió el misionero; pero el Maestro ha dicho: «Bienaventurados los que lloran,» y no, «Bienaventurados los que rien.» El cielo y la tierra no están acordes en sus juicios.

—¡Ay! suspiró la madre, temo no tener el valor de desear estar entre los bienaventurados del Evangelio.

—¡Basta! interrumpió el padre de Rosa, á quien turbaba ya un poco la gravedad de la conversacion: no vayamos á la vanguardia de los males: tiempo queda de pensar en ellos cuando lleguen. El rocío se nos viene encima; entremos. Quiero demostrar al reverendo, que á pesar de ser tan buen cristiano, hoy va á cometer el pecado de la envidia. Vamos, Rosa, recoge todo eso.

Algunos minutos despues, Rosa lo reunió todo y entró la primera en la casa.

—Ahora verá su paternidad como la niña ha puesto cada cosa en su lugar, y sin decir á nadie una palabra. Ha nacido para ser ama de casa; tiene el instinto del arreglo, como un perdiguero el de la caza.

—Rosa, es mi mano derecha, añadió la madre; ignoro lo que seria de mí sin ella.

—¿Por qué sucede, que en vísperas de las grandes crisis de la vida, preferimos palabras, que recordadas despues nos parecen proféticas? ¿Cuántas veces no hemos oído decir: «¡Ah! el mismo día que yo habia pensado esto, hablado de esta manera?». Parece que el alma experimenta una especie de atracción hacia la sombría esfera de una desgracia próxima, que no está revelada por ningún signo exterior.

La noche pasó alegremente, á pesar del giro grave que habia tomado la conversacion en la puerta de la casa. El manto negro quedó encerrado con su brillante cortejo, y los tristes pensamientos que habia despertado desaparecieron. Las carcajadas que resonaban en aquella casa revelaban que el digno misionero sabia gozar con los que gozaban.

Rosa tocó la guitarra y cantó *Los dolores de la pobre limeña*, cancion muy de moda entonces; sus hermanas bailaron el *cielito* al compás de la guitarra y de la pandereta, dilatándose la alegría hasta las diez de la noche.

Las niñas y el padre Anselmo se habian retirado, y el matrimonio permanecia en la sala, observando si las maderas de las ventanas quedaban bien cerradas, para evitar la entrada de las *uras*, esas monstruosas mariposas nocturnas de color siniestro, pues la noche anterior habia penetrado una en la casa é infundido el temor en sus moradores. Estas mariposas de alas negras eran, y son todavía en aquellas tierras, nuncios de grandes desgracias cuando se introducen en alguna casa.

Como iba diciendo, los padres, despues de haber cerrado las ventanas, ponian las sillas en su lugar, con aquel sentimiento de orden que preside en toda casa bien ordenada.

Un grito penetrante los estremeció; un grito que una vez oído, no se olvida jamás. Atemorizados, se lanzan al paraje de donde partia. La farola del vestíbulo estaba apagada; pero una siniestra claridad enrojecia las paredes del corredor; esta claridad procedía del aposento en que dormia la niña mas pequeña; el mosquitero de la cama ardia en derredor de la niña dormida; en el fondo de las llamas vieron que se dibujaba una sombra, una forma esbelta, que arrancaba con sus brazos la trasparente gasa.

—¡Rosa, Rosa! ¡ten cuidado!.... ¡Tu ropa!.... ¡Qué vas á quemarte! ¡Dios mío, socorrednos!

Transcurrieron algunos segundos,—¡horrorosos momentos!—de una terrible lucha, en la que nadie supo ni recordó lo que habia pasado; despues, Rosa casi falta de aliento, se encontró en los brazos de su padre, envuelta en una espesa manta de lana que habia echado sobre ella y sobre sus vestidos que ardian. El incendio se habia apagado; la niña Felicidad seguia durmiendo, y los negros pedazos de tela esparcidos por el suelo indicaban el desastre. Pero Rosa habia respirado el soplo ardiente que arranca la vida, y el agua, aunque bebida con abundancia, no podia enfriar el fuego interior.

Una imprudente mulata, antigua nodriza, habia colocado el candelero de plata con una vela de cera cerca del mosquitero, y una columna de aire habia conducido la llama hacia la gasa. El aposento de Rosa comunicaba



con el de la niña. Puesta de pié delante de una cornucopia, recogía sus cabellos, cuando vió reflejarse en el espejo el primer rayo del incendio. No tuvo mas que un pensamiento: ¡salvar á la niña! Este acto de abnegacion fué el último que ejecutó en la tierra. Entre ella y la eternidad no quedaban mas que algunas horas de pacientes sufrimientos. Rosa murió como había vivido, tranquila y resignada.

—Sí, yo sufro, decia; pero esto no durará; lo espero. ¿No sabemos sufrir? La parte que me envia mi Padre celestial es leve, ligera. He tenido una vida feliz; bien puedo sufrir un poco en sus últimos instantes.

El espíritu de la jóven, se turbó.

—Madre, decia en su delirio; todo queda arreglado; la muselina morada, el collar, y el manto negro..... ¿lo habeis oido? el manto negro; madre mia, ese manto negro, era para vos; no lo rehuséis, es Dios el que os lo envia..... Acaso veais el cielo á través de ese manto.

Estremece pensar, que las horas mas prósperas de la vida, pueden tocar tan de cerca las horas mas terribles y desgarradoras. Cruelles amenazas están sobre nuestras cabezas, y pueden convertirse en realidades sin el concurso de terribles agentes, sin que el relámpago, la tempestad ó la guerra intervengan. La luz apacible del hogar doméstico, una corriente del aire fresco y perfumado de la noche, bastan para cambiar la existencia.

I. A. BERMEJO.

(Se concluirá.)

LA NIÑA GOLOSA.

La pequeñuela Luisa,
Traviesa como pocas,
Tenia entre otras faltas
La de ser muy golosa.
Viéndose cierto dia
Dueña de su persona,
Mientras mamá y los fámulos
Se fueron á la compra,
Esclamó:—¡Ancha Castilla!
Aquí me las den todas;—
Y cantando y brincando
Se dirigió afanosa
A la alhacena, en donde
Con frutas y compotas
Mezclábanse abundantes
Almíbaros y tortas.
Libó como la abeja

Aquí y allá afanosa,
Los postres esquisitos,
Las confituras todas,
Que hallar pudo al alcance
De su avarienta boca.
Pero aun no satisfecha,
Fijó la vista ansiosa
En los vasares altos.
Y ¡oh dolor! en gran copia
Vió allí los dulces dátiles,
Las pastas deliciosas
Y un flan que aun encerraba
Luciente cacerola.
No con mayor deseo
La prohibida poma
Eva en el paraíso
Llegó á mirar absorta,

Que Luisa la humeante
 Vasija incitadora,
 Puesta donde no alcanzan
 Sus manecitas cortas.
 —Pues tengo de probarte,—
 Gritó con voz heroica;
 Que siempre lo difícil
 Nos tienta y nos provoca;
 Y arrastrando una silla
 De la inmediata alcoba
 Junto al pié del armario
 Ufana la coloca.
 Salta sobre el asiento
 Agil como una corza:
 No basta: un taburete
 Sobre la silla ahora;
 Ya encaramarse pudo....
 ¡Gimnasia peligrosa!
 Pero si el flan alcanza,
 ¿Lo demás que la importa?
 Estirase, no llega....
 De puntillas ahora:
 Las yemas de sus dedos
 Ya sobre el flan se posan....
 —¡Ah traidor!... ya eres mío;—
 ¡Felice maniobra!
 Mas ¡ay! que cuando juzga

Lograr lo que ambiciona
 Oye que abren la puerta,
 Se alarma, se atortola,
 Fáltala el equilibrio,
 Vacila y cae redonda
 Con silla y taburete....
 ¡tragedia lastimosa!
 Para mayor vergüenza
 La ansiada cacerola
 Cayó tambien vertiendo
 El flan sobre sus ropas.
 —¡Socorro!—desde el suelo
 La pobre Luisa implora,
 Y al ruido y los sollozos
 La casa acude toda
 Con mas... unas amigas
 Parleras y burlonas.
 Alzáronla con pena
 Y por medida pronta
 Tuvieron que acostarla
 Confusa y temblorosa.
 Y desde entonces Luisa,
 Segun cuenta la historia,
 Dejó de ser traviesa,
 Dejó de ser golosa.

JERONIMO MORAN.

ULTIMOS DIAS DE BOABDIL.

No vamos, queridos niños, á relataros la conquista de Granada por los Reyes Católicos: podreis formar exácta idea de su rendicion consultando el grabado que acompaña al presente número de FLOR DE LA INFANCIA. El abandono por sus antiguos señores del último baluarte del islamismo en España, forma una de las epopeyas de nuestra historia, una de las grandezas de nuestro país, uno de los triunfos de nuestra religion. Por eso queda al cuidado de vuestros maestros, enseñaros como despues de una lucha de siglos, la fé cristiana triunfó del fanatismo mahometano, y nosotros vamos á recordaros tan solo, lo que tan bien tendreis aprendido.

Sitiada Granada durante largo tiempo, al fin se entregó al ejército cristiano. Debía éste penetrar en la ciudad el dia 2 de enero de 1492 y desde que el sol doró las elevadas cumbres de Sierra Nevada con sus luminosos rayos, empezaron á moverse en el campamento los caballeros y escuderos vestidos de gran gala, lo mismo que los reyes abandonaron para tan grata

fiesta el riguroso luto que vestían por la muerte del desgraciado príncipe don Alfonso de Portugal, esposo de la Infanta de Castilla doña Isabel.

Retumbaron tres cañonazos disparados de la Alhambra, que era la señal convenida para que el ejército vencedor marchara á tomar posesión de la ciudad. Partió en efecto llevando á la cabeza el gran cardenal de España, don Pedro Gonzalez de Mendoza. Encontróse en el camino con Boabdil que venía á entregar las llaves á los Reyes de Castilla. Cuando el rey de Granada estuvo delante de los Reyes Católicos, les presentó las llaves diciendo: «Tuyos somos: estas son las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiere Alá, y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y clemencia.»

Reinaba en Granada profundo silencio. Los reyes impacientes dirigían sus inquietas miradas á la ciudad, hasta que por fin apareció plantada en la Torre llamada de la Vela, la cruz de plata símbolo de nuestra redención y á su lado ondeando el pendón de Castilla y de Santiago. *Granada por los reyes don Fernando y doña Isabel*, gritaron los heraldos, y el poder de la Media luna quedó abatido para siempre en España.

Así concluyó la guerra y sitio de Granada; pero digamos en algunas líneas más la suerte que cupo al desgraciado Boabdil.

Permaneció algunos días en el campamento de Santa Fé, y se retiró luego con los suyos al territorio de la Alpujarra que se le había señalado en la capitulación. Al trasponer una colina, último punto de vista de la ciudad, paróse el príncipe y envuelto en un profundo suspiro envió un postrer adiós á su querida Granada. Su madre, la altiva sultana Aixa, le dijo: «Haces bien en llorar como mujer, ya que no has sabido defenderte como hombre.» Desde entonces los moriscos llamaron á aquella colina *Feg Allah Akbar*, y los cristianos *El suspiro del Moro*.

Vivia Boabdil de Cobda, pero no satisfecho el rey Fernando con su permanencia dentro del territorio español, temiendo pudiera ser causa de trastornos, logró mañosamente que partiera con los suyos para Africa en octubre de 1493: se embarcó en Adra y llegó felizmente á su nueva patria estableciéndose en el reino de Fez. El califa Benimerin le trató perfectamente. Tenía entonces Boabdil treinta y dos años; vivió aun otros treinta y cuatro, hasta que combatiendo en primera fila en favor del califa su huésped contra los Jerifes, sucumbió.

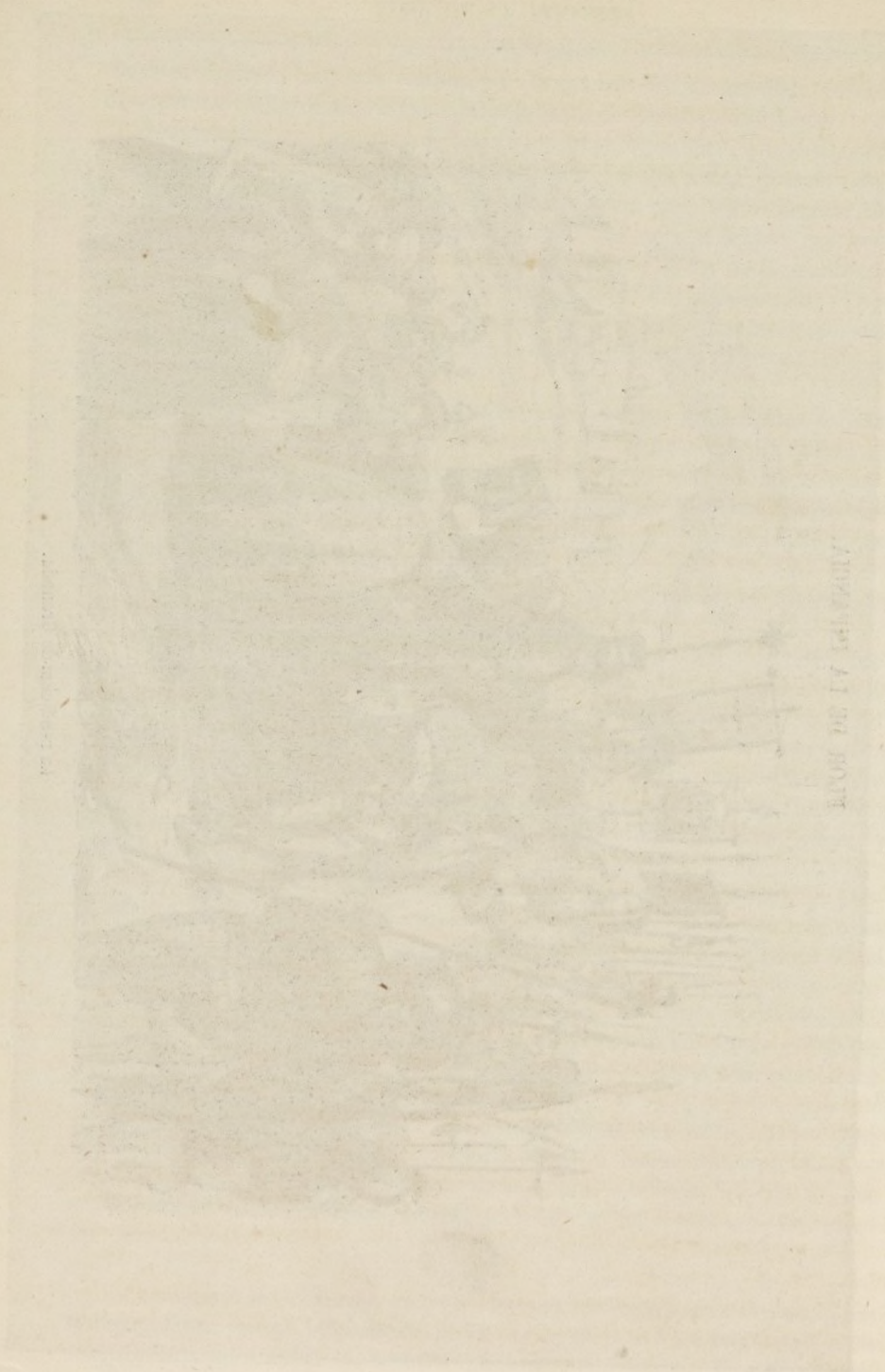
La reina Isabel se alegró de la marcha del último rey de Granada; pero sintió la de su hijo á quien deseaba hacer cristiano, así es, que aquella ilustre reina escribía á su confesor fray Fernando de Talavera: *De la ida del rey moro havemos avido mucho placer, y de la ida del infantico su hijo mucho pesar.*

La conquista de Granada, mis jóvenes compañeros, será siempre una prueba de que nunca el poder de la Media luna podrá sobreponerse á la sencilla Cruz de nuestra sacrosanta religion, y el detenido estudio que de

FLOR DE LA INFANCIA.



La rendición de Granada. . .



ARCHIV. 1. 2. 3.

ella podeis hacer, os suministrará innumerables ejemplos que imitar, ya de valor, ya de hidalguía, ya de piedad, y por eso una vez que en este mes se celebra el aniversario de tan glorioso hecho, hemos querido llamaros la atencion sobre él en vuestra FLOR DE LA INFANCIA.

F. ***

LA MUERTE DE ABSALON.

Todos sabeis, mis jóvenes lectores, que David fué uno de los reyes que con mas sabiduría gobernaron el pueblo de Israel, y voy ahora á recordaros la expiacion con que pagó la desobediencia, su hijo Absalon, al turbar la paz del glorioso reinado de su padre con una indigna rebeldía.

Ya tendreis noticia de que David profesaba un acendrado cariño á su hijo, que pasando los límites racionales, ocasionó su ruina.

Creció el joven y al par desarrolláronse sus malas inclinaciones. Veíasele constantemente conversar, afectando la mayor afabilidad, con cuantos llegaban al palacio á querellarse del gobierno de su padre.

Vuestra reclamacion es justísima, les decia, y si el poder estuviese en mis manos, no sufriria de modo alguno que se os desatendiera.

Así fomentaba en los corazones de los súbditos el odio á su soberano y encendia en la pacífica Jerusalem la tea de la discordia.

Cuidaba de recorrer la ciudad y sus cercanías precedido de un séquito de cincuenta guardias lujosamente armados, saludando con dulzura á cuantos acudian de todas las ciudades de Israel á la capital del reino, y prodigábalas las mas delicadas atenciones.

Por estos medios buscaba popularidad, cuidando, para no destruir el efecto de sus arteras intrigas, de ocultar sus vicios y sus defectos bajo un exterior humilde, contribuyendo tambien á deslumbrar al vulgo, naturalmente sencillo, su privilegiado físico, tal, que era tenido por el joven de mejor apostura y elegancia de todo Israel. Realzaba mas aun la belleza natural de su rostro su blonda y hermosa cabellera, que cuidaba con el mayor esmero, y que habia de ser su verdadero castigo.

Cuando creyó tener de su parte suficiente número de prosélitos, citó secretamente en Hebron á sus principales partidarios, á fin de no infundir la menor alarma, solicitando permiso de su confiado padre para dirigirse á este punto, con pretexto de cumplir un voto que habia hecho durante su destierro.

Llega á la ciudad, enarbola el estandarte de la rebelion, haciéndose proclamar rey, y acto continuo se dispone á caer con sus fuerzas sobre Jerusalem.

Rápida como el rayo llegó esta inesperada nueva á la capital, y David, que no contaba con elementos suficientes á resistir este inesperado ataque, comprendió con dolor que no podía hallar salvación sino en la huida. Abandona, pues, la ciudad precipitadamente á la edad de más de sesenta años, atraviesa el torrente de Cedron y se interna en el desierto seguido de seiscientos soldados de su guardia, fieles á su persona.

A tiempo que marchaba, siguiendo el camino escarpado de una áspera montaña, apareciósele un hombre llamado Semei que prorumpiendo en imprecaciones contra el fugitivo rey llegó á tener la osadía de arrojarle algunas piedras.

—Tirano, le dijo, ahí te vés anonadado por tu suerte, cual mereces; usurpaste el reino á la familia de Saul, y Dios te le quita valiéndose de tu propio hijo..... ¡Maldito seas para siempre!.....

Indignado uno de los jefes que acompañaban á David, exclamó:

—¿Hemos de sufrir que ese miserable insulte impudicamente á nuestro rey? Permitidme, señor, que le castigue por tanto atrevimiento y villanía.

—No, respondió David mesuradamente. ¿Es por ventura extraño que cuando mi propio hijo intenta arrebatarme la corona y aun la vida, venga un extraño á maldecirme? Dios lo permite, y tal vez este Supremo juez querrá tomarme en cuenta mi clemencia al perdonarle.

Y Semei, siguiéndoles por la escarpada roca, continuó prodigando insultos á David y arrojándole piedras, así como á las gentes de su comitiva.

Entretanto Absalon penetró en Jerusalem entregándose á horribles excesos, y cuando se creyó fuerte para atacar á su padre, por haberse aumentado el número de sus partidarios marchó contra él.

Quiso David ponerse al frente de los suyos, pero se opusieron los jefes principales, y cuando sus tropas partieron al campo de batalla, en un arranque generoso de amor paternal, dijo á Joab, que llevaba el mando en jefe:

—Evita, sobre todo, la muerte de mi hijo. Sublimes palabras y heroico perdón que no deben apartarse nunca de vuestra memoria, mis jóvenes amigos, y que deben servirlos constantemente de ejemplo.

Escucharon en silencio los soldados tan terminante orden y partieron inmediatamente en busca del enemigo.

Dióse por fin la batalla en la selva de Ephraim, en la que ambos bandos mostraron su arrojo, y después de diferentes alternativas fué completamente destrozado y disperso el ejército rebelde.

Viendo Absalon que todo estaba perdido, huyó precipitadamente atravesando lo más espeso del bosque en una mula que encontró al paso. Cruzando por la espesura, al inclinarse para salvar las frondosas ramas de un corpulento árbol, se enredó fuertemente su cabellera, y al continuar la mula su marcha acelerada quedó suspendido de los cabellos. En tan crítica situación apercibióse un soldado enemigo, que corrió á llevar á Joab la nueva de su descubrimiento.

—Si tú le has visto, exclamó Joab, ¿por qué no le has atravesado con tu espada?

—El rey mandó evitar su muerte, respondiéndole; pero Joab sin atender á esta observación, recogió tres dardos y voló al sitio donde en vano Absalon hacia esfuerzos inauditos para salvarse. Al mismo tiempo de llegar Joab, diez jóvenes guerreros de su escolta acabaron con la vida de aquel desdichado.

Entonces ordenó Joab cesase la persecución de los fugitivos, á fin de evitar mayor efusión de sangre.

Enviaron á David con premura aviso en que le anunciaban la victoria. Una sola palabra salió de sus labios.

—¿Vive mi hijo?

Al oír la triste respuesta derramó amargo llanto y se encerró en su aposento, entregándose á un profundo dolor sin cesar de exclamar entre sollozos:

—Absalon, ¡hijo querido, qué no pueda yo devolverte la vida aun á costa de la mía!

Al apercibirse el ejército del aflictivo estado de su rey, tornóse en duelo la alegría, y vióse á aquellos valientes quedar tristes y abatidos, cual si ellos fueran los vencidos y derrotados, escepto Joab, que penetrando en el aposento del monarca, exclamó:

—Perdonad, señor, ¿no recompensais hoy la fidelidad y el heroísmo? ¿Amais á quien os aborrece y odiais á quien os ama?... ¿Si hubiéramos perecido todos en la contienda y sobreviviera solo Absalon os mostraríais contento?... Señor, presentáos á los que con su esfuerzo acaban de salvaros la vida y devolveros la corona, y mostradles cuán satisfecho estais de su comportamiento. De otro modo, creedme, antes de poco ni uno solo quedará á vuestro lado.

Cedió David á sus instancias, y dominándose se presentó á dar gracias y felicitó á sus valientes tropas.

Los restos de los rebeldes se apresuraron á volver á sus banderas, solicitando gracia, que les fué otorgada.

Cuando David regresaba triunfante á Jerusalem presentósele Semeï en el camino y arrojándose humildemente á sus plantas imploró su clemencia derramando abundantes lágrimas.

—¡Cómo, señor, interpeló Abisai, uno de los mas valientes jefes de la expedición, dirigiéndose al rey, dejareis con vida á ese miserable que osó maldecir al ungido del Señor!

David le respondió con severidad:

—Cesad de escitarme á la venganza: ¿cómo he de osar yo quitar la vida á un israelita precisamente en el día que soy verdaderamente coronado rey de Israel?

Otorgó su perdón á Semeï, continuando su marcha sobre Jerusalem, donde fué recibido en triunfo.

.

La Providencia, queridos niños, en sus altos designios, mostró en la derrota de Absalon, la situación verdaderamente triste y dolorosa á que suele conducir el cariño mal entendido de algunos padres, que atentos solo á complacer á sus hijos hasta en sus mas fútiles caprichos, los precipitan, haciendo germinar en sus corazones el egoismo, la soberbia y los malos instintos.

De ejemplo palpable puede servirnos tambien, queridos niños, y muy saludable, el desgraciado fin del hijo de David, en que la Providencia demostró como castiga á aquel que desconociendo los deberes filiales, no respeta y acata á sus padres como merecen.

Dichosos mil veces, oh vosotros, los que honrais á vuestro padre y á vuestra madre, cumpliendo el precepto divino: tened muy presente que el Supremo Hacedor, padre universal de todas las criaturas, no abandonará al hijo obediente y sumiso, mitigando su dolor en las tribulaciones y protegiéndole en la adversidad.

JUSTO JIMENEZ.

FLORESTA COMICA.

¡Es grande cosa el comer!
Escucha lo que pasó
A un hombre que se casó:
El padre de su mujer
Se obligaba á sustentarle,
Y leyendo el escribano
«Item, el señor fulano
Se obliga desde hoy á darle
Tanto tiempo de comer,»
Dijo el triste desposado:
—¿No dice más? Pues errado
Viene, y echado á perder;
Porque se ha de declarar
Lo que yo he de recibir,

Que ahí, señor, ha de decir:
«De comer y de cenar.»
Y respondiéndole:—En esto
Se entiende; dijo:—No hay tal;
Porque hay suegro literal
Que no entiende mas del texto
Sin la glosa; y por quitar
Pleitos que pueden venir,
De cenar ha de decir,
O no me quiero casar.

CALDERON: *Saber del mal y del bien.*
Jornada II, Escena VI.

Hemos determinado publicar en todos los números de nuestro periódico biografías de españoles ilustres, para que los niños desde los primeros años adquieran ciertas nociones acerca de los individuos que por varios conceptos hacen más señalada figura en la historia de nuestra patria. Esta seccion, redactada por el distinguido académico don Antonio Ferrer del Rio, no podrá menos de llevar consigo el mérito que sabe dar á todas sus obras tan eminente publicista. A personajes de la edad moderna se referirá la primera serie. Por San José Calasanz damos principio, á causa de que se armoniza perfectamente con la índole de nuestra publicacion el pensamiento concebido y realizado por tan grande siervo de Dios en beneficio de la infancia.